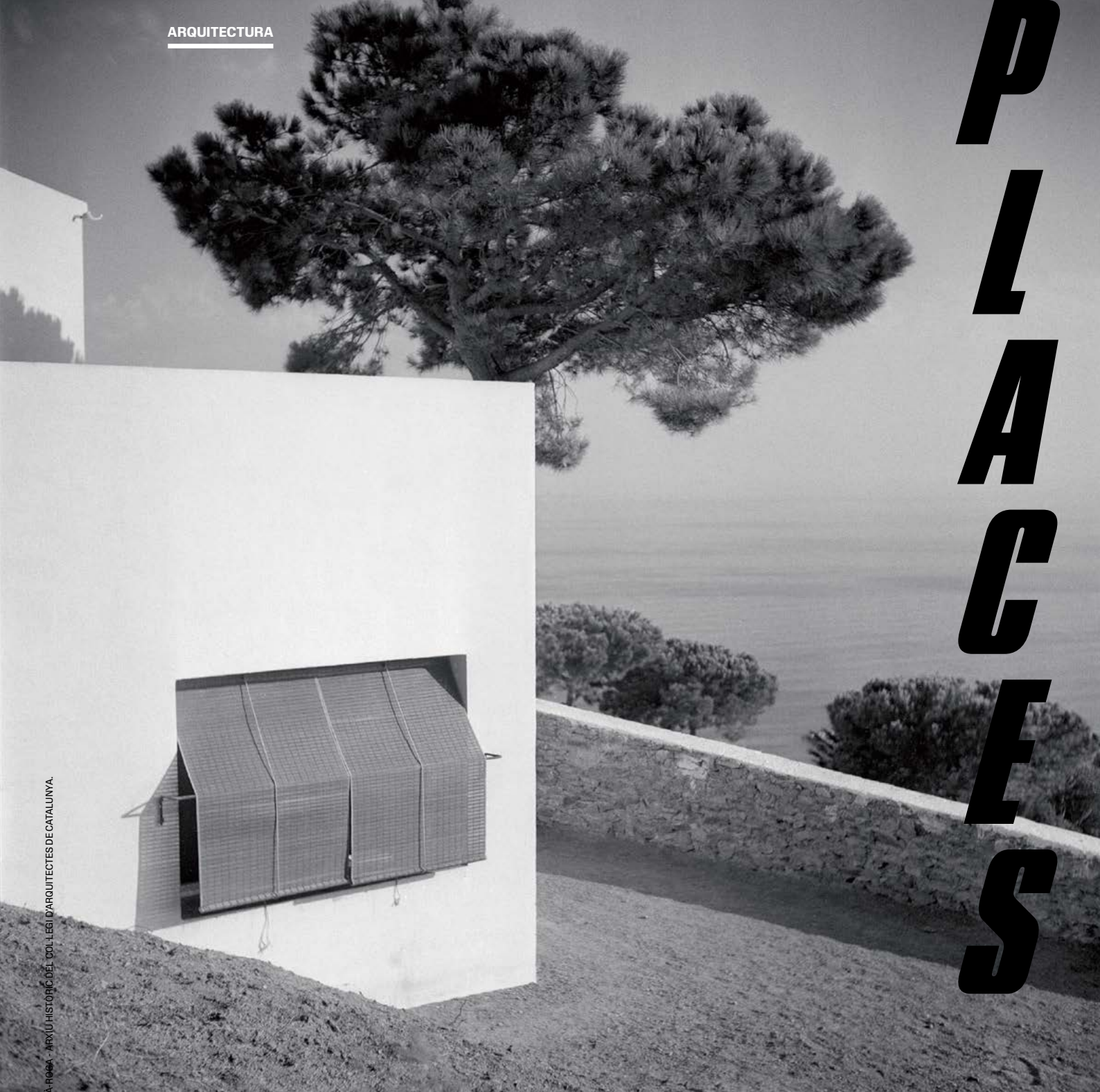


# P L A C E S



FOTOGRAFÍA DE FRANCESC CATALÀ-ROCA. © FONDO F. CATALÀ-ROCA - ARXIU HISTÒRIC DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA.

Una obra maestra de la arquitectura contemporánea española: la Casa Ugalde (Caldes d'Estrac, 1951), de José Antonio Coderch y Manuel Valls.

A mediados del siglo pasado, arquitectos españoles e italianos abanderaron un

movimiento de renovación de la arquitectura doméstica basado en la recuperación de los valores tradicionales de la vida mediterránea.

Una delicia de casas sencillas e interiores cálidos en íntima conexión con la naturaleza.

## La 'dolce vita' ibérica

Por Daniel Díez Martínez



ESPAÑA E ITALIA SE PARECEN. Se parecen mucho. Ambos países proyectan su identidad nacional sobre una serie de rasgos sociales y culturales similares derivados de una cercanía geográfica y una tradición histórica de convivencia que se remonta al desembarco de las tropas romanas comandadas por Cneo y Publio Cornelio Escipión. Españoles e italianos vivimos la vida y nos relacionamos con nuestros seres queridos de forma parecida, comemos y bebemos casi lo mismo y, de hecho, si hablamos lentamente, podemos mantener una conversación en nuestros respectivos idiomas y entendernos perfectamente. El mar Mediterráneo, que a lo largo de los siglos ha bañado grandes

civilizaciones sin entender de fronteras, es posiblemente uno de los elementos más decisivos en la construcción de ese cálido espíritu hispano-italiano. Y es que el Mediterráneo es algo más que una extensión de agua salada. Trajo luz y color a la oscura y triste España de los años cuarenta, que, con el cambio de década y en parte gracias al turismo de sol y playa, comenzó a salir de su asfixiante ensimismamiento autárquico al clamor de aquel agrídulce «*Spain is different!*».

La arquitectura también jugó un papel importante en ese proceso de apertura al mundo. España se incorporó al debate internacional sumándose a una postura de subversión contra las tesis de descontextualización más alienantes de la modernidad

bauhausiana. Los críticos reivindicaban las particularidades y rasgos identitarios de cada cultura y nación, una idiosincrasia propia que tenía como testigo tangible a la arquitectura popular. Semejante caldo de cultivo dio lugar a una nueva generación de arquitectos que comenzó a trabajar en un modo de hacer arquitectura que recuperaba la tradición vernácula, sin caer en el torpe pintoresquismo folclórico de antaño. Era necesario ofrecer una alternativa sana y contemporánea al buldócer homogeneizador del frenesí desarrollista urbanita del momento.

Precisamente tuvieron que ser nuestros vecinos italianos los que nos abrieran los ojos acerca del interés del legado construido autóctono de nuestro país. “En España no he encontrado casi nada conceptualmente moderno”, confesó con desencanto el arquitecto y diseñador Gio Ponti después de



Vista interior y perspectiva en contexto urbano de la Casa Staempfli (Cadaqués, 1960), de Peter G. Harnden y Lanfranco Bombelli.







Elegancia y el Vesubio humeante desde la terraza de la Casa Oro (Posillipo, Nápoles, 1934-37), de Luigi Cosenza y Bernard Rudofsky.

La reconsideración de las austeras construcciones tradicionales de color blanco y geometría sencilla de los pueblos costeros meridionales favoreció el nacimiento del “mediterraneísmo”, una corriente de renovación arquitectónica que defendía que la arquitectura debía ser para las personas, y no para las máquinas

una visita en 1949. “Sin embargo, he descubierto en la arquitectura tradicional sorprendentes coincidencias con el gusto moderno”.

La sincera austeridad de las construcciones anónimas de color blanco y geometría sencilla de los pueblos costeros del levante español estimuló a Ponti a emprender una cruzada a favor de lo que se acertó en llamar “mediterraneísmo”, una corriente de renovación surgida en latitudes meridionales que se movía por un primitivo impulso humanista. La arquitectura debía ser para las personas, y no para las máquinas, como se defendía desde los frentes más radicales del racionalismo mecanicista centroeuropeo.

Aquella relectura del patrimonio arquitectónico local en clave moderna alcanzó su máxima expresión en la arquitectura residencial de mediados del siglo pasado. “Imaginando la casa mediterránea. Italia y España en los años 50” acerca al Museo ICO de Madrid una selección de villas y viviendas unifamiliares construidas en el contexto mediterráneo por distintos arquitectos españoles e italianos. Aunque fueron proyectadas hace más de cinco décadas, estas casas se asientan en criterios de diseño atemporales para conjugar una gramática arquitectónica que a día de hoy sigue resultándonos rabiosamente contemporánea.

FOTOGRAFÍAS: ACM-EFFL, ALBERTO SARTORIS FONDOS. ARCHIVO LUIGI COSENZA, EN ARCHIVO DI STATO, PIZZOFALCONE, NÁPOLES. © BERNARD RUDOFSKY, VEGAP, MADRID, 2019. PÁGINA ANTERIOR: FOTOGRAFÍA DE GIORGIO CASALI. © HEREDEROS DE HARNDEN Y BOMBELLI / FONDO HARNDEN-BOMBELLI ARQUITECTOS - ARXU HISTÓRIC DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA. CASALI. © HEREDEROS DE HARNDEN Y BOMBELLI / FONDO HARNDEN-BOMBELLI ARQUITECTOS - ARXU HISTÓRIC DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA. UNIVERSITAT IUAV DI VENEZIA - ARCHIVO PROGETTI, FONDO GIORGIO. CROQUIS: © HEREDEROS DE HARNDEN Y BOMBELLI / FONDO HARNDEN-BOMBELLI ARQUITECTOS - ARXU HISTÓRIC DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA.



Panorámica del Mediterráneo desde la terraza de Casa en Llafranch (1953), de Francesc Bassó y Joaquim Gill.

Italianos como Gio Ponti y Alberto Sartoris o el español José Antonio Coderch apostaron por una arquitectura inequívocamente moderna cuyo atractivo se confiaba a una sobria elegancia desprovista de alardes y lujos en cuestiones materiales. “Para las personas de gusto sano la modernidad significa adoptar una mesura y una sencillez que armonizan con las más distinguidas exigencias. Ser moderno es una actitud ante la vida: una forma de pensar, de conocer y de juzgar. No de decorar” sentenciaría Ponti. Casas para entonar un alegre canto a la vida hedonista y en respetuosa comunión con la naturaleza, que de hecho intervenía de forma operativa en su propio diseño, como prueba el patio mediterráneo, estancia fundamental para estas viviendas. Herencia directa del peristilo de las *domus* romanas, el patio se concibe como una habitación más, una suerte de lugar intermedio de transición entre el interior y el exterior que ofrece una conexión explícita con el paisaje y el suave clima mediterráneo. A ese respecto, posiblemente uno de los documentos más reveladores sobre la filosofía de diseño de estos arquitectos de cuantos se exhiben en el Museo ICO sea un croquis analítico del terreno realizado por Coderch para la Casa Ugalde (Caldes d’Estrac, 1951). Con una precisión casi obsesiva, el

arquitecto localizó la posición exacta de cada árbol, los puntos con mejores vistas hacia el mar y la incidencia en la parcela de los muchos vientos mediterráneos, como la tramontana, el mistral, el gargal o el levante. Las formas orgánicas de la vivienda, el juego de muros que se adaptan a la topografía y la apertura de huecos en las distintas estancias no tienen nada de caprichoso, sino que surgen directamente de este croquis de entendimiento del lugar.

Además de planos y dibujos originales, en “Imaginando la casa mediterránea” también encontramos documentación que prueba la intensa relación epistolar de intercambio de ideas entre arquitectos españoles e italianos, así como fotografías del entorno de la casa mediterránea contemporáneas al periodo analizado tomadas por figuras como Francesc Català-Roca o Giorgio Casali. La exposición brinda al visitante la posibilidad de vivir la casa mediterránea gracias a una puesta en escena que nos traslada a su ambiente y pura esencia. Como si la muestra tuviera



lugar en una de estas casas, el material se exhibe sobre un soporte de paredes pintadas de un blanco crudo que contrasta con el color terroso elegido para la moqueta, una clara alusión a la arena de la playa. Estos muros a veces aparecen perforados con huecos que simulan ventanas a través de las cuales se pueden ver proyecciones de vídeos de paisajes filmados desde las propias viviendas objeto de la exposición. Su comisario, Antonio Pizza, las define como “un *haiku* visual que presenta una abstracción de los temas subyacentes en estas arquitecturas”.

Como cabía esperar, Ibiza y Cadaqués tienen su espacio propio en la exposición, del mismo modo que lo tenían en la compleja realidad de la España de los años 50. La arquitectura popular ibicenca enamoró a Luigi Figini, un discípulo italiano de Le Corbusier, que publicaba reportajes

fotográficos y textos de reflexión teórica en diversas revistas italianas de la época. “Esas casas de volúmenes puros encalados de blanco, cegadores bajo el sol, no tienen tiempo: no han envejecido ni envejecerán nunca”, predicaba Figini.

“Sin estilo, sin estilo, ¡sin escorias de estilo!”, bramaba. La fascinación de Figini por estas construcciones anónimas era igualmente compartida por Ponti: “Nos resulta difícil a los arquitectos alcanzar en nuestras obras una pureza similar a la de estas arquitecturas sin arquitecto. Ibiza es una fascinante lección para todos, reconfortante para esos jóvenes arquitectos españoles que anhelan una expresión pura de nuestra arquitectura”.

El sentimiento de tolerante recogimiento y las brisas marinas libertarias de Ibiza tenían su eco en Cadaqués. Como una isla en tierra firme, ese pequeño pueblecito de



FOTOGRAFÍA DE FRANCESC CATALÀ-ROCA. © FONDO F. CATALÀ-ROCA - ARXIU HISTÒRIC DEL COL·LEGI D'ARQUITECTES DE CATALUNYA. ARCHIVO LUIGI COSENZA. EN ARCHIVO DI ISTATO. PIZZOFALCONE, NÁPOLES. © BERNARD RUDORSKY, VEGAP, MADRID, 2019



Izquierda: Sala de estar de la Villa Gloria (Cadaqués, 1959-60), de Peter G. Harnden y Lanfranco Bombelli. Fotografía de Giorgio Casali. Arriba: Interior de una casa de Francisco J. Barba Corsini en Cadaqués (1964-65).

“Vivir significa, a la vez, habitar, estar ocioso, contemplar, disfrutar, sufrir, cobijarse, aislarse, amar, soñar entre muros, entre muros y cielo, entre muros y sol”, dijo Gio Ponti

pescadores de la Costa Brava se convirtió en los años 50 y 60 en un país en sí mismo, reducto de artistas e intelectuales de prestigio internacional. La pareja de arquitectos integrada por el estadounidense Peter Harnden y el italiano Lanfranco Bombelli, que habían llegado a España con el encargo de montar exposiciones sobre el Plan Marshall, cayeron rendidos ante la arquitectura del “pueblo más bonito del mundo”, tal como lo había definido uno de sus más ilustres vecinos, Salvador Dalí. De los tableros de dibujo de su estudio salieron algunas de las casas más hermosas que nunca se hayan construido en nuestro país, arquitectura plácida y felizmente snob que se integra con desenfadada perfección con los característicos prismas blancos del paisaje del Alto Ampurdán.

“Vivir no es solamente habitar”, dijo Gio Ponti. “Vivir significa, a la vez, habitar, estar ocioso, contemplar, disfrutar, sufrir, cobijarse, aislarse, amar, soñar entre muros, entre muros y cielo, entre muros y sol”. Las palabras de Ponti no han perdido un ápice de su vigencia. Efectivamente, una casa no puede ser nada más que una estricta respuesta funcional a una necesidad habitacional concreta. El lujo espacial no es solo una cuestión de metros cuadrados, número de habitaciones, y condiciones de confort ambiental. Hay algo más. Existen otros factores que no se pueden medir con objetividad, pero que tienen una influencia fundamental en la creación de un entorno placentero. Un puñado de arquitectos españoles e italianos supo descifrar ese “algo más” y construyó una historia a través de una arquitectura que, como cantaba Joan Manuel Serrat en “Mediterráneo”, “guarda amor, juegos y penas”.

Dios, qué lejos queda el verano. ▀